

Desde la Puerta del Sol



Número 296 – martes 21 de abril de 2020

La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

La trampa de La Moncloa

Emilio Álvarez Frías

Pedro Sánchez le ha sacado el gusto a eso de las videoconferencias. Probablemente incluso también las utiliza para hablar con Begoña, pues no es cosa de ir de un lado para otro dentro del palacete de La Moncloa para saber cómo se encuentra, que trabajos está preparando para mejorar la vida de los moradores Africanos en sus tierras, incluso para saber la temperatura que tiene, pues quizá no ha mejorado del coronavirus como, según cuentan, le sucede a Irene quién parece ser lo ha agarrado en demasía. En el momento de escribir estas notas no sabemos nada de los resultados de la entrevista que por este medio acaban de mantener Pedro Casado y Pedro Sánchez, en el convencimiento de que si hablan un poco más de lo debido únicamente será para tirarse los trastos a la cabeza aunque sea con toda la moderación del mundo y las palabras más suaves que encuentren. Primero porque Sánchez intentará, una vez más, convencer a Casado de que diga amén a todo lo que en ese momento se le ocurra proponer, como es su costumbre; y segundo porque hay una trayectoria que justifica la falta de credulidad en el resultado de estas entrevistas ya que la experiencia dice que desde el 14 de marzo, fecha en la que se puso en marcha Pedro Sánchez para hacer frente al covid-19, solamente ha hablado con Casado en tres ocasiones y, según este hizo público en el Parlamento, cuatro minutos en 24 días, además de que no le ha llamado para comentar aunque solo fuera alguna de las medidas que iba a tomar, ni siquiera por aquello de la educación. Dice Casado que conectará con Sánchez por hacer también suyo el manoseado eslogan de la «responsabilidad institucional», no por otra razón. Porque a él, a Casado, le gustaría haber mantenido contacto con Sánchez respecto a todas las medidas que se han tomado y las que anuncia Iglesias por su cuenta

En este número:

- ✚ **La trampa de La Moncloa**, Emilio Álvarez Frías
- ✚ **Reflexiones de un cristiano (III)**, Luis Buceta Facorro
- ✚ **El pueblo sumiso**, Manuel Parra Celaya
- ✚ **El ingreso mínimo vital y la transición al comunismo**, Alejo Vidal Quadras
- ✚ **Sánchez se compra 9,2 millones de votos**, Eduardo Inda
- ✚ **Estos gallegos no son españoles: En homenaje a los genuinos españoles**, Alberto Buela
- ✚ **¿Estado de alarma o dictadura?**, Fernando del Pino Calvo-Sotelo
- ✚ **Ministros socialistas piden frenar a Iglesias tras las últimas «filtraciones» de Podemos**, Luca Constantini
- ✚ **¿Y si los dejes de ultraderecha los tuviera Pablo Iglesias**, Rubén Arranz

de que se van a tomar. Por ejemplo, qué ha pasado con las mascarillas que no han servido de nada o están llegando tarde, o por la falta de test para realizar las pruebas cuando diferentes empresas con tecnología española se ofrecieron a cubrir esas necesidades, o el motivo por el que han faltado oxigenadores cuando desde el primer días empresas españolas podían haberlos fabricado, así como la escasez todo tipo de la ropa necesaria poniendo en peligro la seguridad de los sanitarios –varios miles contaminados y más de previsible fallecidos–. En lugar de una comunicación fluida, la oposición se ha ido entendiendo de todo o casi todo a través de la prensa, como incluso les ocurre con a algunos ministros que tienen conocimiento de los posibles acuerdos del Gobierno a través de las declaraciones de Iglesias a los medios de comunicación. Sin duda el Gobierno debe estar roto, aunque intenten tapar como pueden sus mendacidades.

Por otro lado es notable que Sánchez ha conseguido que, según manifiesta García Egea, secretario general del PP, «España sea el país con medidas de confinamiento más drásticas y resultados peores», y que «la incompetencia del Gobierno ha convertido al mando único en un caos total», pues «tras más de un mes de estado de alarma, nada ha cambiado en el Gobierno, continúa la improvisación, la mala gestión y las compras defectuosas». Total, que no sabemos cuántos minutos durará esta entrevista por videoconferencia, si será tan breve como las anteriores o algo más larga, ni cuáles serán las propuestas de uno y otro de los conferenciantes. Pero nos tememos que han de ser disímiles, que uno no podrá engañar al otro porque el otro ya está curado de espanto y ha aprendido a –sin poner cara de perro– responder a cada propuesta con otra propia.

Todo ello, además, está magnificado con la tamborrada –no la de Calandra, sino la de Adriana Lastra y Rafael Simancas– que han caldeado el ambiente los últimos días con críticas a la Comunidad de Madrid y al PP, acusándolos de competir con la «ultraderecha» –o sea, a los que opinan diferente a ellos– sin hacer mención a su compareo con la «extrema izquierda» –que es la que los tiene cogidos por los mesenterios–.

Nos gustaría cantar albricias tras la videoconferencia, pues es lo que deseamos junto a la mayoría de españoles. Pero tememos que será un nuevo golpe al despropósito, dado que Pedro Sánchez no está dispuesto a descabalar del caballo blanco de Santiago, es más, ni del famélico Rocinante de Don Quijote o del jumento de Sancho.

Ya que recordamos a Don Quijote y su rocín, no viene mal traer a esta página un botijo de hechura clásica y arcilla gris procedente de La Mancha, de los alfares de Albaterra, localidad fronteriza con Alicante



Reflexiones de un Cristiano (III)

Luis Buceta Facorro

Por sus frutos los conoceréis». Estas palabras del evangelista Mateo (7.16), nos pone en el camino de entender que la vida humana no es un simple estar, sino un continuo hacer mediante el cual vamos hilando el contenido, personal y único de la vida de cada uno de nosotros. El significado de hacer debe ser siempre un avanzar en ser nosotros mismos y en lograr una armónica convivencia social. En estos momentos en que hay un drama universal, tanto al permanecer en el hogar, como en el trabajo diario de los que directamente y en la calle se esfuerzan por cubrir nuestras necesidades, con meritorio rigor y sacrificio, se está

transmitiendo esperanza. Así mismo, los del ámbito sanitario que están directamente con los enfermos, con una atención, cariño y sin regatear esfuerzo, en busca de la salud del cuerpo transmiten, con su amorosa atención, bienestar al espíritu pues son una fuente viva de esperanza. La esperanza representa equilibrio psicológico, y, desde nuestra visión de Cristo y su paso por la tierra, se identifica, mediante las obras de amor y servicio al prójimo, con la presencia de Dios. A Dios se le encuentra en el hombre, le vemos y amamos al ver y amar a los demás, a los otros hombres. En estos momentos de incertidumbre, estáis mostrando todos, auténtico espíritu de servicio, servicio a los demás, inasequibles al desaliento, superando las frustraciones y contrariedades, que son muchas, pero siguiendo adelante con esfuerzo renovado. «Por sus frutos los conoceréis». Por vuestras obras os estamos conociendo y, sean cual sean vuestras creencias, estáis dando un ejemplo de lo que es y el sentido profundo del amor y servicio al prójimo, fundamento del obrar cristiano. Con ello, os acercáis a Dios y Dios, como siempre, está cerca de vosotros. Al ser mensajeros activos de esperanza tenéis una vida llena que no acaba en el vacío y trasciende hacia la eternidad. «Se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente» (Benedicto XVI, Ratzinger, Papa), y se nos abre la puerta oscura del futuro. Gracias por vuestro ejemplo y por afianzarnos en la esperanza, que es afianzarnos en la fe, porque ambas se identifican y son intercambiables. La semilla de Dios está en los corazones, aunque no la percibamos.



El pueblo sumiso

Manuel Parra Celaya

Vuestra orden espera, decía el servil posadero al príncipe Romanof huido, en *Katuska*, aquella bonita zarzuela en la que Pablo Sorozábal ilustró con resonancias asturianas la Rusia revolucionaria. Algo por el estilo cantaron los chicos de *Jarcha* en lo que fue considerado himno oficioso de la I Transición, *Libertad sin ira*, en la que se hablaba de *gentes obedientes hasta en la cama*.

Y es cierto que fue obediente el pueblo español en sus acatamientos en aquellas calendas; hasta se tragó aquello de que *se había dado a sí mismo* una Constitución cuyas líneas maestras fueron diseñadas desde fuera y con el antecedente en la música y letra de Múnich.

Nuevamente está demostrando este pueblo español su obediencia –a la fuerza ahorcan– con el estado de alarma, tan prolongado, y con las medidas restrictivas por culpa de esta maldita pandemia; claro que algunos no dejan de hacer honor a la tradición picaresca, y se advierten, soterrados, rasgos de individualismo ibérico, lindantes con cierta tradición ácrata. Pero son los menos, y, junto a la obediencia debida a la ley y al miedo al contagio, se confirma su predisposición a la virtud de la paciencia, aunque dicen por ahí que está decayendo la audiencia ante los habituales *No-Dos* del presidente Sánchez.

Puede ser preocupante que esta obediencia, necesaria ahora, degenera por inercia, por costumbre o por imposiciones sibilinas en verdadera sumisión, en una aceptación acrítica de todo aquello que, una vez superada la crisis sanitaria o aprovechándola ahora, se

quiera endosar desde los laboratorios de la ingeniería social del poder. Y no es menos preocupante que, a la inversa, esta sumisión dé lugar a estallidos irracionales, esos a los que tan acostumbrados nos tiene nuestra historia, y, además, con el inevitable complemento de ir a la greña entre nosotros.

Tanto uno como otro fenómeno pueden ser productos lógicos de una educación recibida, presidida por la abundancia de tópicos elevados a dogmas y por la carencia casi absoluta de pensamiento crítico y reflexivo, susceptible de aceptar la demagogia como moneda de uso común y los ucases gubernativos como reflejo de *anhelos populares*. También, por la incapacidad de pasar del *yo quiero* al *yo debo* (Gregorio Luri), aunque esta última nota es característica común de todo ser humano integrado en la destartalada escuela de la postmodernidad. Veamos por separado estos rasgos.

En el primero de ellos, no hace falta mucha agudeza para percibir que el tópico y el lugar



común sobre el presente y el pasado se han enseñoreado de la conciencia común de muchos españoles; las sucesivas vueltas de tuerca desde las *memorias históricas* a la *memoria democrática*, presididas por la mentira, han ido configurando *unanimidades* sobre hechos, causas, efectos y pretendidas soluciones, sobre lo que no es lícito discrepar, a riesgo de la *sanción social*, de momento, y de la sanción administrativa y penal que se vislumbra.

De este modo, la búsqueda de datos objetivos, el razonamiento y la deducción de consecuencias han brillado por su ausencia salvo

en mentes preclaras; toda crítica, aunque sea positiva, se considera desacato, desafección o derrotismo, mientras que la negativa es sencillamente un inocuo derecho al pataleo, del que nadie se preocupa por su ineficacia.

Por último, el caprichoso *yo quiero*, sustentado en derechos de segunda o tercera generación, ha sustituido a la ancestral *real gana* de los españolitos, y hoy se muestra incapaz de ser superada por una *pedagogía de los deberes*, que es inseparable de los verdaderos derechos, para llegar a un *yo debo* propio de un pueblo en postura de superación de sí mismo.

Un rayo de esperanza, sin embargo, se abre paso, y ello debido a lo aciago de estos días: la solidaridad y el servicio, que forman parte, seguro, de aquellas *buenas cualidades entrañables* del pueblo español, que ningún gobierno, régimen o ideología son capaces de arrumbar definitivamente. Basándome en estas cualidades es por lo que me atrevo a levantar un moderado optimismo sobre las conductas de mis compatriotas cuando se superen estos momentos, trágicos para muchos y delicados y crispantes para todos.

Y espero, también, que muchos despierten del letargo de la sumisión; que sean capaces de advertir de forma meridiana, por ejemplo, las malas artes y la inutilidad, al unísono, de un gobierno y, en general, de los partidos políticos; que hayan tomado buena nota de la manipulación sectaria con que los nacionalismos separatistas han aprovechado la desgracia de la pandemia; que, en definitiva, coloquen a cada uno en su sitio, según corresponde a una sociedad sana en la que impere la ética por encima del oportunismo y, a la vez, una buena gobernabilidad de la cosa común.

El ingreso mínimo vital y la transición al comunismo

Alejo Vidal Quadras (*Vozpópuli*)

Si una cosa hay que reconocerle a Pablo Iglesias es su perseverancia a prueba de bomba en la persecución de sus fines. Un partido y un líder que desde su avasalladora irrupción en el Congreso en 2015 con 71 escaños no ha dejado de retroceder convocatoria tras convocatoria hasta sus 35 actuales, ha sabido paradójicamente entrar en el Gobierno con cuatro carteras y una influencia notable en su ejecutoria. La habilidad de transmutar los fracasos en éxitos demuestra una adaptabilidad realmente sorprendente mediante el uso persistente de las tácticas marxistas de manual para tomar el poder valiéndose de atajos. En nuestro contexto español actual, y salvando todas las distancias, a Sánchez le correspondería el papel de Kerensky y al terrateniente de Galapagar el de su tan admirado Lenin.

Frente a semejante depredador, ágil e implacable, el cándido dúo Casado-Arrimadas no parece que sea un valladar demasiado sólido. Otra cosa es Abascal, que es bastante más rocoso, pero al que una campaña feroz de demonización tiene por ahora bastante neutralizado y al que determinados excesos verbales y gestuales de algunos de sus colaboradores y ciertos patinazos en las redes de entusiastas espontáneos entre sus bases dificultan emerger como alternativa creíble. Es una lástima porque sus propuestas



económicas para hacer frente a la crisis generada por la pandemia destacan por su claridad y sensatez comparadas con la confusión mental y la indefinición del resto de la oposición.

No pocos analistas han destacado en estos últimos tiempos el peligro que se cierne sobre España de evolucionar, velozmente arrastrada por el coronavirus, de una Monarquía democrática y parlamentaria a una república popular bolivariana. Desde luego, este es el plan de Podemos y empieza a resultar inquietante lo poco que lo disimula. Un instrumento muy eficaz para avanzar en su siniestro diseño es el famoso Ingreso Mínimo Vital. El paso previo a la transformación de un sistema productivo de mercado en otro colectivizado de planificación estatal es la destrucción del tejido empresarial, de los trabajadores autónomos y de las profesiones liberales, los tres motores de la libertad económica.

Las grandes corporaciones industriales y financieras, al ser un número pequeño, son más fáciles de controlar vía nacionalizaciones, una de las medidas, por cierto, que el osado penene de la Complutense intentó llevar a cabo al inicio de la catástrofe vírica. Para este propósito, es decir, la reducción de los autónomos a dependientes, el cierre de las PYMES y la mutación de los profesionales liberales en funcionarios del Estado o en residentes en campo de concentración, el programa de Iglesias es diáfano. En lugar de garantizar la supervivencia de las empresas y de los autoempleados aliviándoles fiscalmente y asegurándoles sus ingresos durante la crisis, facilitando así que una vez recuperada la normalidad vuelvan al trabajo con renovada pujanza, los ahoga a impuestos y ofrece una paga a cargo del presupuesto a aquellos a los que su estrategia deja a la intemperie. Centenares de miles de empresas pequeñas y medianas y de autónomos desaparecen y quedan prisioneros de por vida de la dádiva que el Leviatán comunista les otorga a cambio de su libertad. Dado que esta operación implica un endeudamiento público

ingente, el sector privado se agosta y la etapa siguiente es el default, el corralito, la hiperinflación y la miseria generalizada. Eso sí, el chalé con jardín del Guía Supremo se convierte en un palacio suntuoso desde el que el Secretario General del partido único pueda regir cómodamente los destinos del pueblo.

Barreras democráticas

Es evidente que este es el sueño húmedo de la pareja rectora de Podemos y que, con la colaboración activa de Pedro Sánchez, están desarrollando sin pausa y prescindiendo atrevidamente del sigilo. Sin embargo, a diferencia de sus modelos leninista, maoísta, castrista y chavista, en la España de 2020 existen formidables obstáculos para que su



febril designio culmine con éxito. Estas barreras entre la democracia y el totalitarismo que Pablo e Irene se afanan en derribar son demasiado altas y sólidas para sus fuerzas, por mucho empeño que le pongan. En primer lugar, está la Unión Europea, que ya se enfrentó a la experiencia de la Grecia de Tsipras y Varoufakis. Hoy el motero ministro de Economía es consultor internacional y el revolucionario primer ministro se ha desvanecido

en la nada. La Hélade está gobernada de nuevo por el centro-derecha y es uno de los países que ha manejado la pandemia con mejores resultados.

En segundo lugar, nuestra sociedad dispone de una clase media amplísima que, tras décadas de duro trabajo, ha acumulado unos modestos ahorros y un pequeño patrimonio inmobiliario y que ha interiorizado con convicción la cultura del emprendimiento, de la iniciativa individual, de la innovación y de la competitividad. Es prácticamente imposible que millones de nuestros conciudadanos acepten mansamente renunciar a su condición de personas libres para someterse a las imposiciones ideológicas de un iluminado revanchista y rebosante de rencor.

La lástima es que, tal como sucedió en Grecia, la huella que imprimirá en nuestra prosperidad, nuestra calidad institucional y nuestra moral colectiva, esta etapa de predominio de una utopía tiránica será profunda y muy destructiva. La labor de recuperación se prefigura titánica, pero habrá que acometerla tan pronto ambos patógenos, el Covid-19 y Pablo Iglesias, sean tan sólo una pesadilla superada diluyéndose en el olvido.

Sánchez se compra 9,2 millones de votos

Eduardo Inda (OKdiario)

2ue España avanza por la senda de Venezuela no es algo que ni aquí, ni ahora, pueda discutir nadie con una pizca de sinceridad, sentido común y objetividad. Tan cierto es que aquí los comunistas lo tienen más difícil porque formamos parte de la Unión Europea como que eso me suena al «aquí no pasará nada, somos el país más rico de Sudamérica» con el que se descolgaba a modo de excusa la sociedad civil en los inicios del chavismo. Ciudadán, pues, porque eso de que nuestro sistema de libertades es intocable no deja de ser una memez como otra cualquiera: la libertad hay que defenderla día a día, metro a metro, barrio a barrio, provincia a provincia, por tierra, mar y

aire, que diría ese gran Churchill al que llamarle político constituye un insulto si la comparación se establece con los actuales profesionales de la cosa.

Anticipé aquí que de toda la vida de Dios en los gobiernos de coalición mandan siempre las minorías chantajeando al pez grande como si no hubiera un mañana. Y corroboro ahora que, desgraciadamente, he tenido razón. Podemos S.L. tiene la sartén por el mango por la perogrullesca razón de que pueden hacer caer a sus socios cuando les dé la realísima gana. En la misma línea, pronostiqué también que el presidente de facto sería Iglesias, que Sánchez sería un títere en sus manos y en este apartado tampoco me he equivocado. Para pavor mío toda vez que el multimillonario de Galapagar me ha amenazado, hace un mes para más señas, con meterme en la cárcel.

La preguntita del CIS, invitando a censurar a los medios de comunicación y a fiarlo todo a las fuentes oficiales, dibuja como ayer escribía Juan Carlos Girauta «un golpe de Estado». La primera libertad que se cercena cuando se transita de una democracia a una dictadura o autocracia es la de expresión. Ésa fue la hoja de ruta de Chávez: primero cerró los medios libres, al ver que el camino quedaba expedito y libre de toda crítica, metió



mano a la independencia judicial, y más tarde se dedicó a robar la propiedad privada en compañía de sus compinches narcoterroristas. Este relato no es una hipérbole sino simple y llanamente la Historia de Venezuela de 20 años a esta parte. Nada que ver con el cuento de Disney que Iglesias, Monedero y demás gentuza hacen de esta tragedia democrática, económica y social.

Una de las prácticas que más molaban al narcodictador Chávez, al que Satanás tenga en su gloria, era la compra del voto popular. Con cargo al erario, claro está. El militar venezolano tuvo la suerte de que el barril se situó en el epicentro de su mandato, allá por 2008, en los 150 dólares, lo que proporcionó billetes en cantidades industriales para asentar su satrapía. Ciento cincuenta dólares por barril dice bastante pero más aún si tenemos en cuenta un detalle capital: Venezuela cuenta con las mayores reservas de petróleo del mundo por encima de Arabia Saudí. Increíble pero cierto en una nación que ahorita mismo muere de hambre.

Los monumentales ingresos por petróleo permitieron a Chávez y sus narcosecuaces cumplir varios objetivos: forrarse hasta colarse en el top 50 de ricos mundiales y tener contentas a las capas más bajas del país vía ayudas públicas. El padre de la tiranía bolivariana llegó a sumar 10 millones de personas subsidiadas en una nación que, conviene no olvidar, no llega a los 30 millones de habitantes. Concretamente, se sitúa en los 28 millones, cifra oficial que no sé si tiene en cuenta o no a los 5 millones que se han exiliado a Colombia, Ecuador y Perú huyendo de la represión y la miseria.

Es decir, Chávez, el financiador y mentor de Iglesias, Monedero y demás calaña, tenía comprada a más de un tercio de la población. Y que no me cuenten pamplinas de que hay mucha pobreza en Venezuela porque una nación con la mayor acumulación de petróleo en el subsuelo dispone de dinero de sobra para que sus 28 millones vivan más que razonablemente bien sin necesidad de ayudas públicas. Salvo que, además de para subsidiar, el maná lo emplees para enriquecerte compulsivamente. Arabia Saudí no es ejemplo de nada, se trata de otra dictadura, pero al menos no se ve pobreza en sus

calles. Tanto Chávez como su narcosucesor empobrecieron a sus conciudadanos con la vista puesta en domesticarlos con fondos públicos. La ecuación era sencilla: cuanto más pobres, más subsidiados tenían y consecuentemente más papeletas se metían en el bolsillo. La paguita era el salvoconducto para hacer con ellos lo que querían, para conducirlos al redil con la misma facilidad con la que un pastor guía a sus ovejas.

Alumno obediente del narcodictador y de su sucesor, Pablo Iglesias fue lo primero que soltó en los medios cuando, en un ejercicio de imprudencia temeraria, empezaron a darle cancha como si se tratase del mismísimo Felipe González del 82. Que, sobra decirlo, no es el caso. Como quiera que es un ignorante sideral, planteó una renta básica universal, esto es, que la cobrasen desde Amancio Ortega hasta el pobre de solemnidad, pasando por Ana Botín, Rafael del Pino o José Manuel Entrecanales. El programa de Podemos en 2014 señalaba textualmente lo siguiente en su punto 1.12: «Derecho a una renta básica de todos y cada uno de los ciudadanos por el mero hecho de serlo».

La broma costaba 420.000 millones de euros al año, es decir, todo el Presupuesto del Estado español. Vamos, que había que multiplicar las cuentas públicas por dos y prácticamente doblar la carga impositiva a los españoles. Un disparate tan infinito como la demagogia de Iglesias y su banda. Un dislate que hubiera supuesto nuestra quiebra técnica en apenas un par de meses. Al político de los piños negros le importaba, le importa y le importará un bledo el bienestar de sus compatriotas, su anhelo no es otro que tejer una red clientelar para conquistar el poder y mantenerse en él hasta el fin de los tiempos. A sus jefes venezolanos les ha salido bien: llevan ni más ni menos que 21 años en el machito.

Ahora quiere hacer algo parecido en España sobre la falaz base de que hay «más de 2 millones de españoles en situación de pobreza severa». Un embuste que por mucho que lo repitan goebbelsianamente mil veces nunca será verdad. Si así fuera, habría revueltas todos los días, habrían tomado La Moncloa, Génova 13 (más Moncloa que Génova 13), los robos estarían a la orden del día y los supermercados serían objeto de pillajes sistemáticos. Sea como fuere, ha conseguido una «renta mínima vital» que irá a parar a un millón de españoles. Algo similar a lo que están haciendo otros populistas como Bolsonaro en Brasil (600 reales al mes a 130 millones de personas) y Trump (3.000 dólares de una taca-da).



Nada tengo en contra de que se ayude a los más desfavorecidos en esta situación de emergencia nacional.

Pero sí al hecho de que se regale la venta de esta iniciativa en exclusiva al pájaro Iglesias, cuyo único objetivo a partir de ahora va a ser convencer al millón de perceptores que viven mejor gracias a él y no a la solidaridad del resto de españoles. Lo suyo será coser y cantar. Cuando subsidias a alguien normalmente haces lo que quieres con él si eres un desalmado. Y en esta categoría obviamente está el vicepresidente segundo del Gobierno, que a buen seguro hará un uso obsceno de una medida tan necesaria como transitoria debería resultar.

Lo que sí es una auténtica golfada, una inmoralidad supina, es el aprobado general que Isabel Celaá pretende otorgar a sus 8,2 millones de «hijos» es decir, a los 8,2 millones de chicos y chicas que cursan enseñanzas no universitarias. Con ello se gana al menos

la simpatía eterna de esa salvajada de población que antes o después votará. Cuando se tienen 13, 14, 15, 16, 17 o 18 años te llega un sujeto o una sujeta y te dice que te va a pasar de curso por la patilla y es tu héroe. Heroína en el caso de Celaá, héroe en el caso de Sánchez. Una barbaridad en términos intelectuales toda vez que elimina de un plumazo la cultura del esfuerzo e iguala a todos por abajo. Una forma como otra cualquiera de mandar al carajo el futuro de un país.

Los socialistas saben perfectamente que estas armas funcionan con la precisión y la eficacia de un reloj suizo. No en vano, practicaron este caciquismo clientelar durante 38 años en Andalucía con el celeberrimo Plan de Empleo Rural y con esos ERE simbolizados en el robo de más de 700 millones de euros públicos. Por no olvidar esos cursos de formación que emplean los sindicatos para mantener sus elefantiásicas estructuras. A los unos, a los otros y a los de más allá les importan un comino los niños, los adolescentes o los pobres. Lo que quieren es anestesiar con parné público a una población a la que no pueden convencer con buenas artes. Claro que en esta ocasión ni todo el oro del mundo, ni todas las mentiras del universo servirán para salvar a un Gobierno culpable por acción y omisión de que España tenga más muertes por habitante que ningún país del mundo. La memoria colectiva es frágil pero no tanto.

Estos gallegos no son españoles: En homenaje a los genuinos españoles

Alberto Buela

En el siglo pasado se decía que en el orden de la cultura Francia estornuda y Europa se resfría. Eso se fue, paulatinamente, dejado de lado por la tremenda influencia del inglés y del desarrollo exponencial del español. Idioma, este último, que en lo que va del siglo XXI creció más que ningún otro. Sin embargo, la capacidad de ocurrencia de los escritores franceses está siempre al día. Esto es, con un pedo hacen una orquesta. Aclaro para aquel que no le guste o le moleste mi soez vocabulario, que este artículo es escatológico: que versa sobre las heces. Que no es lo mismo que esjatológico; que versa sobre el final.

Nosotros los de lengua maternal española tenemos una terrible contra: *los gallegos de mierda que se pasan la vida imitando a los franceses en lo que hacen o dicen*. Esto de gallego no va contra todos los españoles sino solo contra los *gallegos de mierda*. Yo mismo tengo muchos amigos gallegos de Galicia y de las otras comunidades, españoles todos a pie firme, que tienen que soportar toda su vida a los gallegos de mierda. Uno de estos gallegos que pueden ser valencianos, andaluces, vascos, catalanes, asturianos, montañeses e incluso de Galicia, etc., según la acepción argentina de gallego, acaba de traducir al franchute Alain Badiou, presentándolo como el mayor filósofo francés junto con un



charlatán llamado Jacques Ranciere, que dicho sea de paso ya estuvo robando por Buenos Aires hace unos años.

Luis Martínez se apresuró a traducir libro de Badiou *Sopa de Wuhan* el 20 de marzo de 2020, donde este falso filósofo presentado como discípulo de marxista Althusser, afirma entre otras boludeces: «*La rivalidad de los imperialismo antiguos (Europa y Estados Unidos) y nuevos (China, Japón...) prohíbe todo proceso de un Estado capitalista mundial*». La misma pelotudez que afirmó Kant hace doscientos años y que repitió todo el Iluminismo y la Ilustración. Y que hoy sostienen los globalistas de toda laya.

Y concluye que el coronavirus es una peste mundial que solo puede ser combatida eficazmente si tuviéramos un Estado Mundial. Además los Estados Nacionales al defenderse del virus «*promueven el nacionalismo fascista, obsoleto y repugnante*».

Hay que ser un verdadero imbécil para tomarse el trabajo de traducir semejante pelotudez. Pero no termina aquí el sinsentido sino cuando concluye afirma: «*En cuanto a nosotros, que deseamos un cambio real [...] en el proyecto de lugares políticos nuevos y en el progreso transnacional de una tercera etapa del comunismo*».

Badiou, como Zizek, como Agamben, como Chomsky, como el conjunto de tantos falsos filósofos progresistas repite la tesis madre: después del coronavirus viene el nuevo comunismo.

Hay que ser *un gil a la gorda* (= *un requete pelotudo*), para tomarse el trabajo de traducir un texto que no tiene ni una sola puta idea y que además repite los lugares comunes de la izquierda más recalcitrante. ¿Y quién realiza esta tarea?: un gallego de mierda. Un imitador de todo lo que viene de Francia y del extranjero.

En mayo último cuando visité a Pierre Aubenque en Versailles, (acaba de morir en febrero), me comentó que había sido publicado más en España que en Francia y que no sabía porqué. A lo que le respondí, porque España tiene un número determinante de profesores (gallegos de mierda) que piensan mirando a Francia y en función de aquello que escriben los franceses.

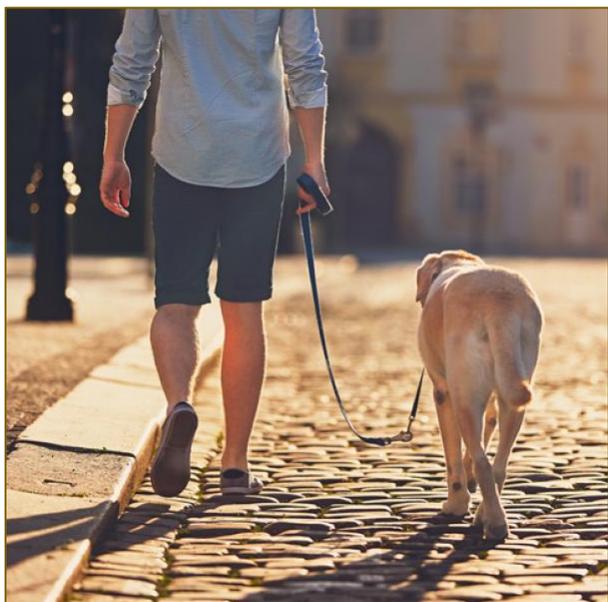
Ni que hablar de las editoriales de gallegos de mierda, que son casi todas en cuyo listado de libros hay más franceses que españoles y nunca un americano, salvo que sea un americano de mierda.

¿Estado de alarma o dictadura?

Fernando del Pino Calvo-Sotelo (*Expansión*)

España es el país con más muertos por coronavirus del mundo, ajustado por población: 547 muertos «oficiales» por millón de habitantes (incluyendo las nuevas cifras de Madrid y Cataluña reconocidas ayer), frente a 358 de Italia, 263 de Francia, 202 del Reino Unido, 86 de EEUU, 62 de Portugal, 46 de Alemania o 4 de Corea del Sur (fuente: *worldmeters.com*). Éste es el elocuente legado de la desastrosa gestión de la epidemia de un gobierno tan incompetente como embustero, que ha desinformado pertinazmente, entre otros asuntos, de la cifra de contagiados y fallecidos. Así, no sólo ha mentado a la población y faltado el respeto a los muertos y sus familiares, sino que ha contravenido la primera regla para luchar con éxito contra una epidemia, según la OMS: la transparencia.

El gobierno y sus escoltas mediáticos han insinuado la existencia de variables objetivas que explicarían la extraordinaria mortalidad en España, tales como el envejecimiento de la población o las deficiencias del sistema sanitario (sólo allá donde gobierna la oposición, naturalmente). Sin embargo, los datos no apoyan en absoluto estos argumentos. En España los mayores de 65 representan una proporción de la población ligeramente inferior a la media europea y varios puntos inferior a la de Alemania o Portugal, que han sufrido una mortalidad muchísimo más baja que la nuestra. El país más envejecido del mundo, Japón, con un 28% de la población mayor de 65 años (frente al 19% de España), ha tenido hasta ahora 1 muerto por coronavirus por millón de habitantes. Luego nuestro exceso de mortalidad no se debe a particularidades demográficas. ¿Y al sistema sanitario? No parece existir correlación alguna entre la mortalidad de la pandemia y la eficiencia de los sistemas de salud: dos de los países con más muertos por millón de habitantes, España e Italia, tienen una Sanidad muy bien calificada en el ranking de la



OMS, e incluso variables cuantitativas como el número de camas UCI por 100.000 habitantes tampoco muestran correlación alguna con la mortalidad exhibida.

Por lo tanto, en ausencia de factores objetivos es lógico creer que la principal causa de la excesiva mortalidad de la pandemia en España ha sido la ineptitud de nuestras autoridades que, al mantener los vuelos procedentes del foco italiano mucho después de conocerse la virulencia de la epidemia en aquel país y negarse negligentemente a adoptar medidas de contención temprana, importaron el virus, dejaron que se expandiera y, como agravante, fomentaron deliberadamente la asistencia a actos multitudinarios como la manifestación del 8-M en Madrid y en otros lugares:

si el distanciamiento es clave para la contención, imagínense cómo habrán sido de eficaces para la propagación del virus estos actos masivos y vociferantes. Por último, el gobierno ha mostrado una incompetencia manifiesta al no lograr paliar el desabastecimiento tercermundista de medios de protección en medio de un caos grotesco y de un intervencionismo enfermizo.

Para intentar compensar haber llegado tarde, este gobierno, al que sólo preocupa la apariencia, ha adoptado medidas draconianas plagadas de tics autoritarios (muy propios del tándem Sánchez-Iglesias) fomentando un alarmante ambiente represivo que incentiva el abuso y la extralimitación. Las medidas son improvisadas, arbitrarias y contradictorias. Una persona puede pasear con el perro, pero no solo, con su hijo, con su padre o con su cónyuge, con los que ya convive confinado; puede hacer colas en el supermercado o en el transporte público, pero no practicar deporte al aire libre o pasear por el campo respetando siempre el necesario distanciamiento. Las reglas son las mismas para todas las provincias, independientemente de la prevalencia de la epidemia, no distinguen entre el entorno rural y el urbano y no tienen en cuenta el impacto para la salud física y mental de un encierro tan duro. ¿Qué evidencia científica, qué lógica médica justifica estos excesos, estas contradicciones? ¿O estamos ante un abuso de poder arbitrario que conduce a un estado policial –yo mando, ellos obedecen–, ante una imposición por la fuerza bruta con castigo, penitencia y sufrimiento obligatorios? ¿Y por qué quienes nos imponen estas pesadas y opresivas cargas conculcando derechos

fundamentales no se sienten obligados a llevarlas ellos mismos, incumplidores flagrantes de cuarentenas, distanciamientos y confinamientos? ¿Y la arbitrariedad? En un plató de TV que loa al gobierno («un servicio esencial») pueden juntarse tertulianos, periodistas y técnicos, pero la policía irrumpe en templos y desaloja celebraciones religiosas protegidas por la ley.

El enorme desprecio al Estado de Derecho del que hace gala este gobierno deja entrever su querencia totalitaria, lógica por su perfil comunista. El abuso del estado de alarma mediante el que el gobierno se atribuye una potestad dictatorial ajena a la Constitución resulta muy inquietante: pseudo arresto domiciliario de dudosa legalidad (el estado de alarma no lo ampara) para toda la población; suspensión del control parlamentario; censura y silenciamiento de los medios, incluyendo un descarado trueque de fidelidades y favores a cambio de dinero público; uso del CIS (Centro de Intoxicación de Sánchez) para promover sin rubor la agenda del régimen, como en una república bananera (¡el pueblo ama al líder!); brusca eliminación del Portal de Transparencia (el mal, como las ratas, prefiere la oscuridad); incumplimiento de procedimientos legales, en tiempo y forma; y un largo etcétera. Como bien recordaba el prestigioso constitucionalista Manuel Aragón en un clarificador artículo, el estado de alarma «no dota de poderes omnímodos al Estado, ni siquiera en situaciones de excepción, por estar inserto en una Constitución democrática que impide cualquier despotismo» (*El País*, 10-4-20). Si la Constitución prohíbe estas extralimitaciones, ¿por qué se están dando? Primero, por el debilitamiento progresivo del Estado de Derecho perpetrado por los partidos políticos durante décadas y la práctica inexistencia de instituciones fuertes e independientes que sirvan de contrapeso al ejecutivo. Segundo, porque el matonismo del gobierno tiende a desdeñar la ley con una mentalidad análoga a la del delincuente («hago lo que me da la gana



hasta que alguien me pare»), mientras la oposición acepta masoquista y sumisamente el rol de comparsa –con una sola excepción– sin comprender que ante este gobierno subversivo y amoral sólo cabe una frontal resistencia política e institucional y la aplicación firme de la ley por parte de los tribunales. Winston Churchill nos enseñó que con el totalitarismo no se dialoga, sino que se combate: «Por el derecho y la libertad, no nos rendiremos jamás a la servidumbre y la vergüenza», dijo en su más conocido discurso.

El pánico y la histeria de las masas, alimentados por los medios, son armas poderosas que aprovechan los yonquis del poder, concedores de que muchos incautos están dispuestos a sacrificar su libertad a cambio de un espejismo de seguridad. Esta dramática pandemia es ocasión propicia: con el estado de alarma el gobierno está transformando nuestra democracia constitucional en un régimen autoritario que recuerda a su modelo de tiranía bolivariana, con medidas opresivas y arbitrarias de dudoso entronque legal y el sùmmum que supone la propuesta, propia de regímenes totalitarios, de encerrar en campos de internamiento a ciudadanos (portadores asintomáticos) que no han cometido delito alguno.

Con el 8-M el gobierno antepuso la política a la salud. De igual forma, su interés en extender indefinidamente el estado de alarma tiene que ver más con lograr ventaja política que con la salud pública al ejercer, con su abuso, mucho más poder con mucho menos control que en circunstancias normales, un incentivo clarísimo para alargarlo en

el tiempo. No podemos permitir que se continúe utilizando la epidemia como coartada para un cambio de régimen que quiere arrebatarnos la libertad. Salud sí; tiranía no.

Ministros socialistas piden frenan a Iglesias tras las últimas «filtraciones» de Podemos

Luca Costantini (*Vozpópuli*)

La coalición PSOE-Podemos vive una situación de constante temblor sísmico. Son sacudidas de pequeña intensidad, vinculadas a la proyección mediática de los dos partidos, que Pedro Sánchez intenta resolver con la neutralidad de quien, al fin y al cabo, sabe que tiene más enemigos en su propio partido que en la fuerza aliada. El último episodio de ese conflicto ha sido el anuncio del ingreso mínimo vital: Pablo Iglesias lo lanzó dos veces y Sánchez tuvo que apaciguar las aguas. Los ministros socialistas le presionan para que las medidas estrella del Ejecutivo no se asocien a la labor de Podemos.

En el PSOE no están dispuestos a asumir todas las medidas más impopulares y dejar a los morados el premio de las más rentables. Fuentes socialistas afirman que «varios ministros» se han quejado a Sánchez. Esas fuentes gubernamentales apuntan al jefe de gabinete de Iglesias, Juanma del Olmo, como uno de los inspiradores de la táctica morada y el más activo en «filtrar» de manera «interesada» a la prensa enfoques que «son contrarios a la realidad».



«Hay tensión y mucha crítica interna» reconocen desde las filas socialistas. «Cada vez que habla Pedro [Sánchez], filtran que los únicos que hacen algo son los de Podemos», acusan

desde las filas socialistas. En el partido morado algunos admiten: «El PSOE no es tonto, no quieren que Podemos se atribuya lo bueno y dejar las malas noticias para ellos».

De momento nadie habla de dimisiones, al menos oficialmente, pero crea desconcierto la posición de Iván Redondo y la sensación de que Sánchez no siempre frena las maniobras de Podemos. Entre Redondo e Iglesias la relación es estrecha.

Garzón y la renta mínima

El malestar en las filas socialistas creció tras las últimas declaraciones de Alberto Garzón. El ministro de Consumo dijo en una entrevista en RNE el pasado 7 de abril que el Ejecutivo debía admitir sus «errores» en la gestión del coronavirus. Esas palabras sentaron muy mal en el frente socialista, porque llegaron el día después de que Fernando Grande-Marlaska, ministro de Interior, había afirmado en *El Correo* que «este Gobierno no tiene ningún motivo para arrepentirse de nada».

El sector de los más incómodos se mueve alrededor de Carmen Calvo, considerada una de las más reticentes a dar visibilidad a Podemos y que está en segundo plano en estos días. Pero va más allá. Calvo maneja muchos hilos en el Ejecutivo y con ella otros ministros socialistas se van cansando de la actitud de los morados.

El último en incomodarse ha sido José Luis Escrivá, ministro de Seguridad Social. Si bien la versión oficial mantiene que entre él e Iglesias la relación es buena, es razonable concluir que los movimientos del líder de Podemos no hayan gustado a un técnico acostumbrado más a la gestión que a la propaganda.

Escrivá y sus técnicos están trabajando en la renta mínima universal de entre 400 y 500 euros, que quieren garantizar a las personas que sufren mayores índices de pobreza. Pero admiten que faltan flecos por cerrar: sobre todo el encaje autonómico de la medida.

Capitalizar ayudas y subsidios

Cuando Iglesias lanzó su primer anuncio de una renta mínima temporal, Escrivá no sabía nada de ese planteamiento. Tuvo que frenarlo, advirtiéndole de que no era viable en los tiempos esperados. La ministra de Hacienda, María Jesús Montero, afirmó que faltaban «meses» para aprobarlo. Seis días después Escrivá se vio de nuevo obligado a limitar las ambiciones de Iglesias, tras la filtración, que en el PSOE achacan a Podemos, de que el pasado jueves se habría anunciado la puesta en marcha de la renta mínima universal.

Finalmente el Ejecutivo envió un escueto mensaje en el que ratificó que no habrá una renta universal «puente», aunque recogió la promesa de mayo, tal y como había adelantado Iglesias. La portavoz del Ejecutivo, Montero, que forma parte del frente menos proclive a promover Podemos tuvo que dar marcha atrás.

El comentario de Escrivá, de todas formas, sonó a portazo en plena regla. De hecho, la rueda de prensa esperada no se celebró y el Gobierno mantuvo en la tarde de ayer una reunión con los agentes sociales (patronales y sindicatos) a la que acudieron todos los vicepresidentes menos Iglesias.

Dejar al PSOE las medidas impopulares

El líder de Podemos sabe que Íñigo Errejón ha propuesto en el Congreso una renta mínima inmediata y quiere evitar su crítica por la izquierda. Anunció a su gabinete que había que empujar por tierra, mar y aire, aliñando su táctica con un discurso social muy concreto sobre las necesidades primarias de las personas. Comida y techo, los dos ejes con los que los dirigentes Podemos siempre han pensado seducir al electorado.

La estrategia de Iglesias es simple: dejar al PSOE la carga de las medidas más duras, para capitalizar las ayudas y otros subsidios. En las primeras semanas lo logró. La situación estaba «desbordada» y los socialistas preferían «no perder tiempo». Pero ahora ha vuelto cierto orden y ya no están dispuestos a ceder.

De hecho, este jueves, tras recular sobre la renta mínima temporal, el vicepresidente ha buscado la pipa de la paz: «Esta no es una victoria del Gobierno de coalición, ni tampoco de Unidas Podemos; es una victoria de todos los colectivos que durante muchos años han trabajado contra viento y marea para poner sobre la mesa la necesidad de una renta mínima».

Medir los pasos

Iglesias no puede tensar la cuerda. De Sánchez no se fía. «Es desleal, lo sabe todo el mundo», repiten en sus mensajes los miembros del partido morado. Así que la prioridad de Podemos es arañar toda la visibilidad posible, pero sin irritar al Presidente. Otra cosa es la batalla a niveles intermedios: en ese campo los dirigentes de Podemos se mueven siguiendo el patrón aplicado en su propio partido desde hace años.

Después de algunas derrotas, como la de los alquileres y la prohibición al despido (en realidad un encarecimiento del mismo), en Podemos consideran que los próximos meses

serán fundamentales. El tercer trimestre, sobre todo, con la evolución económica durante la temporada estival, como informó este diario.

A Salvador Illa, ministro de Sanidad, se le achacarán los retrasos de la primera fase de lucha sanitaria, pero el Ejecutivo se jugará su futuro en lo económico. Los ministros vinculados a los EREs sufrirán (la de Trabajo puede salir salpicada), pero la renta universal vital será una medalla. Iglesias quiere estar en ese segundo tablero. Esa renta está en su diana de propaganda y no la dejará escapar.
